

LA BÚSQUEDA DE EUROPA

Visiones en contraste



BBVA



ORLANDO FIGES es profesor de Historia en el Birkbeck College de la Universidad de Londres. Se graduó en la Universidad de Cambridge, donde fue profesor de Historia. Asimismo es integrante del Trinity College, miembro de la Royal Society of Literature, colaborador habitual de *The New York Review of Books* y autor de numerosos libros sobre la historia de Rusia, como *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, que obtuvo cuantiosos premios, entre ellos el de Los Angeles Times y *Natasha's Dance: A Cultural History of Russia* o *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia* (2007).

Los rusos nunca han tenido claro su lugar en Europa, y esa ambivalencia es un aspecto importante de su historia e identidad culturales. Al vivir en los confines del continente, nunca han sabido realmente si su destino se hallaba en él. ¿Pertenece a Occidente o a Oriente? Ese sentimiento de ambivalencia e inseguridad, de envidia y resentimiento hacia Europa, ha caracterizado la conciencia nacional rusa durante mucho tiempo, y aún sigue haciéndolo en la actualidad.

RUSIA Y EUROPA

I

Desde el reinado de Pedro el Grande y la fundación de San Petersburgo (su “ventana a Occidente”) en 1703, los rusos cultos han mirado a Europa como su ideal de progreso e ilustración. San Petersburgo era algo más que una ciudad, era un vasto, casi utópico proyecto de ingeniería cultural que aspiraba a refundar al ruso como un hombre europeo. Todo en la nueva capital estaba concebido para alentar a los rusos a adoptar un estilo de vida más europeo. Pedro obligó a sus aristócratas a afeitarse aquellas barbas “rusas” (señal de devoción en la fe ortodoxa), copiar la forma de vestir occidental, construir palacios con fachadas clásicas y adoptar las costumbres y los hábitos europeos, incluida la integración de la mujer en la sociedad. A comienzos del siglo XIX, gran parte de la nobleza hablaba el francés mejor que el propio ruso. El francés era la lengua de los salones y, por aquella época, los préstamos de este idioma se hicieron un hueco en el afrancesado lenguaje literario de autores rusos como Aleksandr Pushkin (1799-1837) y Nikolái Karamzín (1766-1826).

LOS OCCIDENTALISTAS DE RUSIA BUSCABAN SIEMPRE LA APROBACIÓN DE EUROPA Y SER RECONOCIDOS COMO IGUALES

Para la intelectualidad rusa, “Europa” no era simplemente un lugar, era un ideal: una región de la mente que ellos habitaban merced a su educación, su lenguaje y su actitud en general. “En Rusia existíamos tan solo en un sentido material”, recordaría el escritor Mijaíl Saltykov-Shchedrín (1826-89). “Íbamos a la oficina, escribíamos cartas a nuestros parientes, cenábamos en restaurantes, conversábamos los unos con los otros y cosas por el estilo. Pero, espiritualmente, todos éramos habitantes de Francia”. Los occidentalistas de Rusia se identificaban como “rusos europeos”, buscaban siempre la aprobación de Europa y deseaban ser reconocidos como iguales por ella. Por ese motivo, sentían cierto orgullo de las hazañas del Estado imperial, más grande y poderoso que ningún otro imperio europeo, y de la civilización petrina y su misión de conducir a Rusia hacia la modernidad.

Sin embargo, al mismo tiempo eran plenamente conscientes de que Rusia no era “Europa” –jamás se aproximaba a tan alto ideal– y tal vez nunca llegara a ser parte de ella.

Cuando viajaban a Europa occidental, los rusos eran conscientes de que se los trataba como inferiores. En sus *Cartas de un viajero ruso*, Karamzín logra transmitir la inseguridad que a muchos rusos les producía su identidad europea. Dondequiera que fuera, había de recordar la imagen atrasada de Rusia que anidaba en la mente de los europeos. De camino a Königsberg, a dos alemanes les “sorprendió comprobar que un ruso pudiera hablar lenguas extranjeras”. En Leipzig, los profesores se referían a los rusos como “bárbaros” y no podían creer que tuvieran sus propios escritores. Los franceses eran aún peores, pues a su condescendencia hacia los rusos como estudiantes de su cultura había que sumar su desprecio por ellos como “monos que solo saben imitar”. A medida que Karamzín viajaba por Europa, lo invadía la sensación de que los europeos tenían una forma distinta de pensar, que tal vez los rusos solo se hubieran europeizado superficialmente: los valores y la sensibilidad europeos aún no habían penetrado en su universo mental. Las dudas de Karamzín eran compartidas por numerosos rusos educados que se esforzaban por definir su “europeidad”. En 1836, al filósofo Piotr Chaadaev (1794-1856) le desesperaba que los rusos solo acertaran a imitar a Occidente: eran incapaces de interiorizar sus principios morales esenciales.

LOS ESLAVISTAS TENÍAN SU ORIGEN EN LA REACCIÓN NACIONALISTA A LA IMITACIÓN CIEGA DE LA CULTURA EUROPEA

En la década de 1850, el escritor, filósofo socialista y emigrante ruso en París Aleksandr Herzen (1812-70) escribió: “Nuestra actitud hacia Europa y hacia los europeos sigue siendo la de los provincianos hacia los moradores de la capital: nos mostramos serviles y sumisos, consideramos cualquier diferencia como un defecto, nos avergonzamos de nuestras peculiaridades y tratamos de ocultarlas”. Ese complejo de inferioridad suscitaba difíciles sentimientos de envidia y resentimiento hacia Occidente que iban siempre de la mano: en todo ruso culto convivían un occidentalista y un eslavófilo. Si Rusia no podía convertirse en parte de “Europa” en pie de igualdad, siempre había quienes estaban dispuestos a alegar que debía enorgullecerse de ser “diferente”.

Los eslavófilos surgieron como grupo definido en la década de 1830, cuando comenzaron sus famosas disputas públicas con los occidentalistas, pero tenían su origen en la reacción nacionalista a la imitación ciega de la cultura europea, así como a la invasión francesa de Rusia en 1812. Los horrores

de la Revolución francesa llevaron a los eslavófilos a rechazar la cultura universal de la Ilustración y a ensalzar, en su lugar, las tradiciones autóctonas que caracterizaban a Rusia y la distinguían de Occidente. Preferían fijarse en las virtudes que apreciaban en las costumbres patriarcales de la vida rural. Idealizaron al pueblo llano (*narod*) como genuino depositario del carácter nacional (*narodnost*). Como fervientes defensores del ideal ortodoxo, sostenían que el ruso se definía por el sacrificio y la humildad cristianos. Esa era la base de la comunidad espiritual (*sobornost*) que caracterizaba a Rusia, por contraposición a los estados laicos de Europa Occidental, basados en la ley. Los eslavófilos nunca estuvieron organizados, salvo por las tendencias intelectuales de diversas publicaciones y tertulias, sobre todo en Moscú, que estaba considerada como una capital más “rusa”, más próxima a las costumbres de las provincias, en comparación con San Petersburgo. La eslavofilia era una orientación cultural, un modo de hablar y de vestir (al estilo ruso), una forma de concebir Rusia en relación con el mundo. Una noción que compartían todos aquellos que se consideraban eslavófilos en este sentido amplio –y entre estos podríamos contar a los escritores Fiódor Dostoyevski (1821-81) y Aleksandr Solzhenitsyn (1918-2008)– era la idea de un “alma rusa” especial –un principio genuinamente “ruso” de amor cristiano, virtud desinteresada y abnegación– que hacía a Rusia distinta de Occidente y espiritualmente superior a este. Occidente podía tener sus palacios de cristal, podía estar tecnológicamente más avanzado que Rusia, pero el progreso material constituía el germen de su propia destrucción, ya que alimentaba un individualismo egoísta del que Rusia estaba a salvo gracias a su espíritu colectivo de *sobornost*. Ahí se hallaba la raíz del concepto mesiánico de la misión divina de Rusia de redimir a la humanidad. Y ahí se hallaba también el origen de la idea de que Rusia no era un Estado territorial al uso, que no podía verse limitada por fronteras geográficas, sino que representaba el imperio de ese ideal místico. En palabras del célebre poeta Fiódor Tiútchev (1803-73), eslavófilo y partidario militante de la causa paneslava:

Rusia no puede comprenderse solo con la mente,
no hay regla capaz de abarcar su grandeza:
su espíritu es de una clase especial,
en Rusia solo se puede creer.

II

Semejantes ideas nunca estuvieron lejos de la política exterior de Nicolás I (1825-1855). Nicolás era un firme defensor de los principios autocráticos: creó la policía política, endureció la censura, intentó aislar a Rusia de los

conceptos europeos de democracia y envió a sus ejércitos a aplastar los movimientos revolucionarios en Europa. Influido por las ideas eslavófilas, identificaba la defensa de la religión ortodoxa fuera de las fronteras de Rusia con la promoción de los intereses nacionales rusos. Hizo suya la causa griega en Tierra Santa contra las pretensiones rivales de los católicos de controlar los lugares sagrados, lo cual lo llevó a un prolongado conflicto con los franceses. Movilizó a sus ejércitos para defender a los eslavos ortodoxos que se encontraban bajo el dominio otomano en los Balcanes. Su objetivo era mantener la debilidad y la división del imperio turco y, con ayuda de la poderosa armada rusa en Crimea, hacerse con el dominio del mar Negro y el acceso a través de los estrechos, que las grandes potencias consideraban tan importante para conectar el Mediterráneo con Oriente Próximo. Peligrosas políticas de diplomacia armada conducirían a la guerra de Crimea en 1854-1856.

NICOLÁS I CREÓ LA POLICÍA POLÍTICA, ENDURECIÓ LA CENSURA E INTENTÓ AISLAR A RUSIA DE LOS CONCEPTOS EUROPEOS DE LA DEMOCRACIA

La primera fase de la guerra de Crimea fue la invasión rusa de los principados turcos de Moldavia y Valaquia (más o menos la actual Rumanía), donde los rusos contaban con el apoyo de los serbios ortodoxos y los búlgaros. Mientras sopesaba su decisión de lanzar la invasión, sabiendo que podía llevar a las potencias occidentales a intervenir en defensa de Turquía, Nicolás recibió un memorándum sobre las relaciones de Rusia con las potencias europeas redactado por el ideólogo paneslavo Mijaíl Pogodin, profesor de la Universidad de Moscú y fundador de la prestigiosa revista *Moskvitianin* (Moscovita). No cabe duda de que el memorándum, repleto de quejas contra Occidente, halló eco en Nicolás, quien compartía con Pogodin la sensación de que el papel de Rusia como protectora de los ortodoxos no había sido reconocido o entendido, y de que Rusia estaba siendo tratada injustamente por las grandes potencias. A Nicolás le agradó especialmente el siguiente fragmento, en el cual Pogodin condenaba el doble rasero de las potencias occidentales, que les permitía conquistar tierras extranjeras y, al mismo tiempo, prohibir a Rusia que defendiera a sus correligionarios en otros territorios:

Francia arrebató Argelia a Turquía¹ y casi todos los años Inglaterra se anexiona otro principado de India: nada de todo eso perturba el equilibrio de poder, pero cuando Rusia ocupa Moldavia y Valaquia, aunque solo provisionalmente, eso altera el equilibrio de poder. Francia ocupa Roma y permanece allí varios

¹ En 1830.



Cosacos en Simferopol, capital de la República de Crimea, miran en la pantalla de televisión a Vladimir Putin en abril de 2015.

años en época de paz²: eso no significa nada, pero basta con que Rusia piense en ocupar Constantinopla para que la paz de Europa se vea amenazada. Los ingleses declaran la guerra a los chinos³, que, según parece, los han ofendido: nadie tiene derecho a intervenir, pero Rusia se ve obligada a pedir permiso a Europa para pelearse con su vecino. Inglaterra amenaza a Grecia con apoyar las falsas pretensiones de un miserable judío y quema su flota⁴: esa es una acción legítima, pero Rusia exige un tratado para proteger a millones de cristianos y se considera que eso fortalece su posición en Oriente a expensas del equilibrio de poder. No podemos esperar de Occidente otra cosa que no sea mala intención y un odio ciego, que no entiende ni quiere entender (*comentario de Nicolás I en el margen*: “Esta es exactamente la cuestión”).

Tras avivar el resentimiento del propio zar contra Europa, Pogodin lo animó a actuar solo, según su conciencia ante Dios, para defender a los ortodoxos y promover los intereses de Rusia en los Balcanes. Nicolás manifestó su aprobación:

¿Quiénes son nuestros aliados en Europa? (*comentario de Nicolás*: “Nadie, y no los necesitamos, si ponemos nuestra confianza en Dios, de forma incondicional y de buen grado”). Nuestros únicos aliados verdaderos en Europa son los eslavos, nuestros hermanos de sangre, lenguaje, historia y fe, y hay diez millones de ellos en Turquía y millones en Austria... Los eslavos turcos podrían proporcionarnos

2 En referencia al cuerpo expedicionario del general Oudinot que, en 1849-50, atacó la República romana, contraria al papa, y llevó a Pío IX de vuelta a Roma. Las tropas francesas permanecieron en Roma hasta 1870 para proteger al papa.

3 En las guerras del Opio de 1839-42.

4 En referencia al incidente Don Pacífico.

más de doscientos mil soldados, ¡y qué soldados! Y eso sin contar a los croatas, dálmatas y eslovenos, etcétera (*comentario de Nicolás*: “Una exageración: si se reduce esa cifra a la décima parte, será cierto”)... Al declararnos la guerra, los turcos han destruido todos los viejos tratados que definían nuestras relaciones, así que ahora podemos exigir la liberación de los eslavos y lograr ese objetivo por medio de una guerra, ya que ellos mismos han elegido la guerra (*comentario de Nicolás*: “Eso es cierto”).

Si no liberamos a los eslavos y los ponemos bajo nuestra protección, nuestros enemigos, los ingleses y los franceses... lo harán en nuestro lugar. En Serbia, Bulgaria y Bosnia, están activos entre los eslavos, con sus partidos occidentales y, si tienen éxito, ¿en qué posición quedaremos nosotros? (*comentario de Nicolás*: “Absolutamente cierto”).

¡Sí! Si no aprovechamos esta oportunidad favorable, si sacrificamos a los eslavos y traicionamos sus esperanzas, o permitimos que su destino sea decidido por otras potencias, entonces no solo habremos puesto en contra nuestra a una lunática Polonia, sino a diez (que es lo que desean nuestros enemigos y en eso trabajan para lograrlo) (*comentario de Nicolás*: “Así es”).

En el fondo de esta reflexión subyace la convicción de que, si Rusia no interviene para defender sus intereses en los Balcanes, serán las potencias europeas quienes lo hagan en su lugar: en suma, que era inevitable un conflicto de intereses, influencias y valores entre Occidente y Rusia.

Para las potencias europeas, la propagación del dominio occidental era sinónimo de libertad y valores liberales, libre comercio, buenas prácticas administrativas, tolerancia religiosa, etcétera. La rusofobia de Occidente desempeñó un papel fundamental en esta ofensiva contra las ambiciones expansionistas rusas. La rápida expansión territorial del Imperio ruso en el siglo XVIII y la demostración de su poderío militar contra Napoleón habían causado una profunda impresión en las mentes europeas. Hubo una oleada de publicaciones alarmistas –panfletos, cuadernos de viajes y tratados políticos– sobre “la amenaza rusa” que se cernía sobre el continente. Aquellos temores tenían más que ver con la idea del “otro” asiático que ponía en peligro las libertades y la civilización de Europa que con cualquier amenaza real y presente. Se estaban redefiniendo las fronteras de “Europa” para excluir a ese “otro” de Rusia que, según aquellos textos, se alzaba como una potencia salvaje, agresiva y expansionista por naturaleza, hostil a los principios de libertad que definían culturalmente a los “europeos”. La represión por parte del zar de las revoluciones polaca y húngara, en 1830-31 y 1848-49 respectivamente, reforzó ese panorama de división entre las libertades europeas y la tiranía rusa que, a la larga, acabaría por cimentar la alianza de Europa contra Rusia (Gran Bretaña, Francia, Piamonte-Cerdeña) durante la guerra de Crimea.

Sin embargo, desde el punto de vista del zar las potencias europeas se comportaban de un modo hipócrita: su apuesta por la libertad no era más que un intento de difundir el libre comercio, que favorecía sus intereses

económicos; y su defensa de Turquía respondía, en realidad, a un deseo de contener a Rusia, cuyo crecimiento constituía una amenaza para sus propias aspiraciones imperiales en la zona, entre ellas la ruta hacia India.

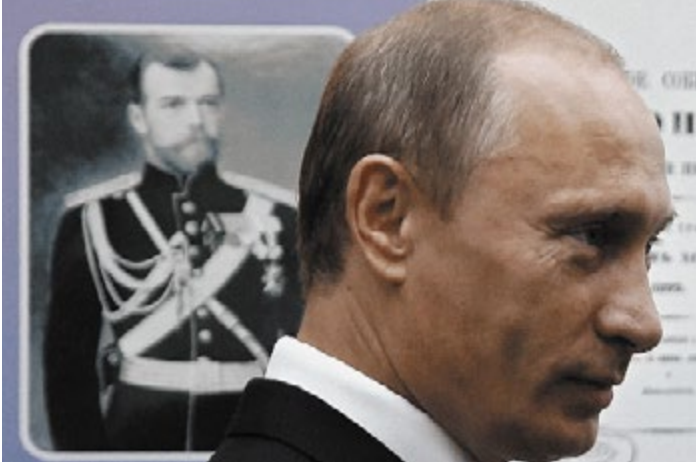
La derrota en la guerra de Crimea alimentó en los rusos un profundo resentimiento hacia Occidente. El tratado de paz impuesto por las potencias europeas vencedoras supuso una humillación para Rusia, que se vio obligada a destruir su flota en el mar Negro. Nunca antes se había impuesto un desarme obligatorio a una gran potencia, ni siquiera Francia había sido desarmada tras las guerras napoleónicas. Rusia había sido tratada de una manera que no tenía precedentes en el concierto de Europa, que supuestamente se basaba en el principio de que ninguna gran potencia debía ser humillada por las otras. Pero, en realidad, los aliados no pensaban que Rusia fuera una potencia europea. Consideraban a Rusia como un Estado semiasiático. Durante las negociaciones de la Conferencia de París, el conde Walewski, ministro de Asuntos Exteriores francés, había preguntado a los delegados británicos si no sería demasiado humillante para los rusos que las potencias occidentales instalaran cónsules en sus puertos del mar Negro para supervisar la desmovilización. *Lord Cowley*, embajador británico en París, insistió en que no lo sería, señalando que ya a China se le había impuesto una condición similar en el Tratado de Nankín, tras la primera guerra del Opio.

III

Tras la guerra de Crimea, Rusia, derrotada por Occidente, dirigió hacia Asia sus planes imperiales. El zar Alejandro II (1855-81) estaba cada vez más convencido de que el destino de Rusia pasaba por ser la principal potencia europea en Asia, y de que solo Gran Bretaña se interponía en su camino. Ese punto de vista, profundamente influido por el clima de mutua desconfianza existente entre Rusia y Gran Bretaña tras la guerra de Crimea, determinaría las políticas de Rusia en el Gran Juego, su rivalidad imperial con Gran Bretaña por la supremacía en Asia Central en las últimas décadas del siglo XIX.

Como civilización cristiana situada en la estepa eurasiática, Rusia podía mirar hacia Occidente o hacia Oriente. Desde comienzos del siglo XVIII, había mirado hacia Europa desde su atalaya de Estado más “oriental” del continente. Junto con el sur de España, se podía afirmar que formaba parte del propio “Oriente” interior de Europa: ese “otro” por medio del cual se definía “Europa”. Sin embargo, si miraba hacia Oriente, Rusia se convertiría en el Estado más “occidental” de Asia, el bastión de la civilización cristiana y europea a lo largo de once de los husos horarios del planeta.

La conquista rusa de Asia central a partir de la década de 1860 reafirmó la idea de que el destino de Rusia no estaba en Europa, como habían



Vladimir Putin ante una imagen del zar Nicolás II.

supuesto durante tanto tiempo, sino más bien en Oriente. En 1881, Dostoyevski escribió:

Rusia no solo está en Europa, sino también en Asia. Hemos de desterrar ese miedo servil a que Europa nos llame bárbaros asiáticos y decir que somos más asiáticos que europeos. Esa equivocada visión de nosotros mismos como exclusivamente europeos y no asiáticos (algo que nunca hemos dejado de ser) nos ha costado muy cara a lo largo de estos dos siglos, y hemos pagado por ello con la pérdida de nuestra independencia espiritual. Resulta difícil para nosotros apartarnos de nuestra ventana a Europa, pero ese es nuestro destino... Cuando volvamos la vista hacia Asia, con nuestro nuevo concepto de ella, es posible que nos ocurra algo parecido a lo que le sucedió a Europa cuando se descubrió América. Pues, en verdad, Asia para nosotros es esa misma América que aún no hemos descubierto. Con nuestro salto a Asia, nuestro espíritu y nuestra fuerza resurgirán de nuevo... En Europa éramos rémoras y esclavos, mientras que en Asia seremos los amos. En Europa éramos tártaros, mientras que en Asia podemos ser europeos.

Esta cita ilustra a la perfección la propensión de los rusos a definir sus relaciones con Oriente como reacción a su autoestima y su estatus en Occidente. En realidad, Dostoyevski no estaba afirmando que Rusia fuera una cultura asiática, sino tan solo que los europeos la veían como tal. Y, de igual modo, su idea de que Rusia debía consagrarse a Oriente no quería decir que debiera tratar de ser una potencia asiática, sino todo lo contrario, que solo en Asia encontraría renovados ánimos para reafirmar su europeidad. La raíz de este giro de Dostoyevski hacia Oriente hay que buscarla en el enconado rencor que, como muchos rusos, albergaba por la traición de Occidente a la causa cristiana de Rusia en la guerra de Crimea.

El desprecio y el resentimiento hacia los valores que encarna Occidente fue la respuesta más común entre los rusos al sentimiento de rechazo por parte de Occidente. A lo largo del siglo XIX, el concepto de “temperamento

**LA CONQUISTA RUSA DE ASIA CENTRAL
A PARTIR DE LA DÉCADA DE 1860 REAFIRMÓ
LA IDEA DE QUE EL DESTINO DE RUSIA NO ESTABA
EN EUROPA, SINO MÁS BIEN EN ORIENTE**

escita” –bárbaro y rudo, iconoclasta y extremo, carente de la compostura y la moderación del “refinado ciudadano europeo”– pasó a formar parte del léxico cultural como una especie de “rusiedad asiática” que reivindicaba su derecho a ser “incivilizada”. Ese es el sentido de los versos de Pushkin:

Ahora la templanza no es apropiada,
quiero beber como un salvaje escita.

Y era también el sentido en el que Herzen se dirigía al anarquista francés Pierre-Joseph Proudhon en 1849:

Pero ¿sabe usted, *monsieur*, que ha firmado un contrato [con Herzen para co-financiar un periódico] con un bárbaro, y un bárbaro que es tanto más incorregible por serlo no solo de nacimiento, sino por convicción? Como auténtico escita, observo con deleite mientras este viejo mundo se destruye a sí mismo, y no siento ni la más mínima compasión por él.

Los “poetas escitas” –como dieron en llamarse a sí mismos los miembros de ese difuso grupo de escritores en el que se incluían Aleksandr Blok (1880-1921) y Andréi Bely (1880-1934)– adoptaron ese espíritu salvaje en un desafío a Occidente. Sin embargo, al mismo tiempo su poesía estaba inmersa en la vanguardia europea. Tomaron su nombre de los antiguos escitas, tribus nómadas de lengua irania que abandonaron Asia Central en el siglo VIII a. de C. y dominaron las estepas que rodean los mares Negro y Caspio durante los siguientes quinientos años. Los intelectuales rusos del siglo XIX vieron a los escitas como una suerte de míticos antepasados de los eslavos orientales. En las últimas décadas del siglo, numerosos arqueólogos llevaron a cabo excavaciones de *kurgans* escitas, los túmulos funerarios que se hallan diseminados por todo el sur de Rusia, la estepa suroriental, Asia Central y Siberia, en un esfuerzo por encontrar un vínculo cultural entre los escitas y los antiguos eslavos.

Los poetas escitas estaban fascinados con ese reino prehistórico. En su imaginación, los escitas eran un símbolo de la naturaleza salvaje y rebelde del hombre ruso primigenio. Celebraban el espíritu elemental (*stikhiia*) de esa Rusia salvaje y rural y se convencieron de que la siguiente revolución,

que todos presentían tras la de 1905, se llevaría consigo el pesado lastre de la civilización europea y crearía una nueva cultura en la que hombre y naturaleza, arte y vida, se fundirían en uno. El célebre poema de Blok *Los escitas* (1918) fue una declaración programática de esa pose asiática de cara a Occidente:

Vosotros sois millones; nosotros, legiones,
legiones y legiones.
¡Intentad, pues, combatirnos! Sí, somos escitas,
sí, asiáticos, una codiciosa tribu de ojos rasgados.

No era tanto un rechazo ideológico de Occidente como un amenazador abrazo, un llamamiento a Europa para que se uniera a la revolución de las “hordas salvajes” y se renovara por medio de una síntesis cultural de Oriente y Occidente; de lo contrario, corría el riesgo de ser anegada por las “legiones”. Durante siglos, sostenía Blok, Rusia había protegido a una ingrata Europa de las tribus asiáticas:

Como esclavos, obedientes y despreciados,
hemos sostenido el escudo entre dos razas hostiles,
la de Europa y las feroces hordas mongoles.

Pero había llegado la hora de que el “viejo mundo” de Europa se “detuviera ante la esfinge”:

Sí, Rusia es una esfinge. Jubilosa y afligida,
y sudando sangre, no logra saciar
sus ojos, que os miran y os miran y os miran
con odio y amor de piedra.

Rusia aún tenía aquello que Europa había perdido hacía tiempo: “un amor que arde como el fuego”, una violencia que renueva mediante la devastación. Uniéndose a la Revolución rusa, Occidente viviría un despertar espiritual por medio de una pacífica reconciliación con Oriente.

De los horrores de la guerra volved a nosotros,
volved a nuestros plácidos brazos y descansad.
Camaradas, antes de que sea tarde,
envainad la vieja espada, bendita fraternidad.

Pero si Occidente se negaba a adoptar ese “espíritu ruso”, Rusia lanzaría contra él las hordas asiáticas:

Sabed que ya no seremos vuestro escudo,
sino que, indiferentes a los gritos,
observaremos el fragor de la batalla

distantes, la mirada dura y entornada,
 no intervendremos cuando el salvaje huno
 despoje el cadáver y lo deje desnudo,
 quemé aldeas, reúna al ganado en la iglesia
 y el olor a carne quemada inunde el aire.

IV

En marzo de 1918, con aviones alemanes bombardeando Petrogrado, el nombre con el que habían rebautizado San Petersburgo, los bolcheviques trasladaron la capital soviética a Moscú. Ese movimiento simbolizaba la creciente separación entre la república soviética y Europa. Mediante el Tratado de Brest-Litovsk, firmado ese mismo mes para poner fin a la guerra con las Potencias Centrales, Rusia perdió la mayor parte de sus territorios en el continente europeo: Polonia, Finlandia, los estados bálticos y Ucrania. Como potencia europea, Rusia quedaba reducida a un estatus equiparable al de Moscovia en el siglo xvii.

En los primeros años de dominio soviético, los bolcheviques tenían la esperanza de que su revolución se extendiera por el resto del continente europeo. Tal como lo veía Lenin, el socialismo era insostenible en un país rural y atrasado como Rusia si la revolución no se extendía a los estados industriales más adelantados. Alemania ocupaba el centro de sus más ambiciosas esperanzas: era la cuna del movimiento marxista y poseía el movimiento obrero más avanzado de Europa. La revolución de noviembre de 1918 fue acogida con entusiasmo por los bolcheviques: sus consejos de obreros y soldados parecían indicar que Alemania estaba avanzando por la senda soviética. Pero no hubo “octubre” alemán. Los socialistas alemanes decidieron apoyar una república democrática entrando en el gobierno y atajando el alzamiento de los comunistas en enero de 1919. Ningún otro Estado europeo se planteó siquiera la posibilidad de alinearse con Moscú y su revolución: la crisis social y económica de la posguerra que radicalizara a los trabajadores comenzaba a remitir y, en 1921, estaba claro que, en un futuro inmediato, hasta que Europa no se viera sacudida por otra guerra u otra crisis, la Rusia soviética tendría que sobrevivir por sí sola (“socialismo en un solo país”).

A lo largo de los setenta años siguientes, la Rusia soviética permaneció aislada de Occidente, tanto política como culturalmente. Hubo breves periodos en los que se abrieron los canales culturales: durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, cuando los aliados enviaban libros y películas occidentales que se ponían a disposición del pueblo soviético; o durante el deshielo de Jrushchov, entre finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, cuando se produjeron intercambios culturales entre la Unión

Soviética y Occidente. Con la toma del control de Europa del este por parte de los soviéticos después de 1945, sus ciudadanos también pudieron viajar a los países del bloque oriental, de los que recibían algunos elementos de la cultura europea en una forma aceptable para las autoridades comunistas. Por lo demás, quedaron desconectados del universalismo de la tradición europea a la que tan apegada se sentía la Rusia petrina (1703-1917).

LOS RUSOS ASIMILARON ELEMENTOS DE LAS TRIBUS UGROFINESAS, LOS MONGOLES Y OTROS PUEBLOS NÓMADAS

Entre los escasos emigrantes que huyeron de la Rusia Soviética después de 1917 se hallaba un grupo de intelectuales conocidos como los eurasiánistas. El eurasiánismo era la tendencia intelectual predominante en todas las comunidades de emigrados. Muchos de los más conocidos exiliados rusos, incluidos el filólogo príncipe N. S. Trubetskói (1890-1938), el teólogo padre Gueorgui Florovski (1893-1979), el historiador George Vernadski (1887-1973) y el teórico de la lingüística Roman Jakobson (1896-1982), eran miembros de este grupo. El eurasiánismo fue, básicamente, un fenómeno de la emigración, en el sentido de que tenía su origen en el sentimiento de traición a Rusia por parte de Occidente en 1917-21. Sus partidarios, en su mayoría aristócratas, reprochaban a las potencias occidentales su incapacidad para derrotar a los bolcheviques en la Revolución y la Guerra Civil, la cual había terminado con el colapso de Rusia como potencia europea y su propia expulsión de la patria. Desencantados con Occidente, pero sin haber perdido aún la esperanza de un posible futuro para ellos en Rusia, redefinieron su país natal como una cultura única (“turania”) localizada en la estepa asiática.

El manifiesto fundacional del movimiento fue *Éxodo hacia Oriente*, una recopilación de diez ensayos publicados en Sofía en 1921 y en los que los eurasiánistas preconizaban la destrucción de Occidente y el auge de una nueva civilización encabezada por Rusia o Eurasia. En el fondo, sostenía Trubetskói, autor de los ensayos más importantes de la colección, Rusia era una cultura asiática esteparia. Las influencias bizantinas y europeas, que habían conformado el Estado ruso y su alta cultura, apenas habían calado en las capas inferiores de la cultura popular rusa, que se había desarrollado más a través del contacto con Oriente. Durante siglos, los rusos se habían mezclado libremente con las tribus ugrofinesas, los mongoles y otros pueblos nómadas de las estepas. Habían asimilado elementos de sus lenguas, su música, sus costumbres y su religión, de forma que aquellas culturas asiáticas habían sido absorbidas por la propia evolución histórica de Rusia.

Tales ideas tenían pocas pruebas etnográficas que las respaldaran: no eran más que una pose polémica y rencorosa hacia Occidente. En este

sentido, bebían de las mismas fuentes que el concepto planteado por vez primera por Dostoyevski de que el destino del imperio se hallaba en Asia (donde los rusos podían ser “europeos”), y no en Europa (donde no eran más que “rémoras”). Sin embargo, debido a su poder emotivo, las ideas eurasiánistas tuvieron una fuerte repercusión cultural en la emigración rusa de las décadas de 1920 y 1930, cuando los que lloraban la desaparición de su país del mapa europeo fueron capaces de concebir nuevas esperanzas de reaparición en el lado eurasiático, y esas mismas ideas han experimentado un resurgir en años recientes, tras la caída de la Unión Soviética, cuando el lugar de Rusia en Europa distaba mucho de estar claro.

V

Con la caída del régimen soviético, hubo quien concibió esperanzas de que Rusia se reincorporara a la familia de Estados europeos a la que había pertenecido antes de 1917. Los gobiernos occidentales y sus asesores pensaron que Rusia –tal vez más que los Estados de Europa del este surgidos del bloque soviético– pasaría a ser “como nosotros”: una democracia capitalista con los típicos valores y actitudes liberales europeos. Esa creencia resultó ser equivocada por razones históricas y culturales que, a estas alturas, deberían estar claras, pero todas las esperanzas se vieron defraudadas por lo que ocurrió en Rusia después de 1991.

Para millones de rusos, el colapso de la Unión Soviética supuso una catástrofe. En unos pocos meses, lo perdieron todo: un sistema económico que les había proporcionado seguridad y garantías sociales; un imperio con estatus de superpotencia; una ideología y una identidad nacional determinada por la versión de la historia soviética que habían aprendido en la escuela. El “sistema capitalista” que se introdujo –con precipitadas privatizaciones en una época de hiperinflación– trajo consigo el saqueo de los activos del Estado por parte de oligarcas corruptos. El desmesurado aumento de la criminalidad tampoco ayudó a la causa capitalista. Todo eso alimentó un profundo resentimiento hacia Occidente, al que se culpó del nuevo sistema. Más allá de una reducida intelectualidad, que se circunscribía a Moscú y San Petersburgo, la mayoría de los rusos de provincias no compartían los valores liberales de la democracia (libertad de expresión, tolerancia religiosa, igualdad de las mujeres, derechos de las comunidades LGBT [lesbianas, gays, bisexuales y transexuales], etcétera), todos los cuales resultaban “ajenos” a las costumbres soviéticas y de la antigua Rusia con las que se habían criado. Los rusos tenían la sensación de que aquellos valores les venían impuestos por Occidente, que había salido “victorioso” de la Guerra Fría.

Putin dejó entrever su orgullo herido y su resentimiento hacia Occidente. En su primer mandato como presidente, entre 2000 y 2004, pareció dar muestras de interés en establecer vínculos más estrechos con Europa, aunque solo fuera para contrarrestar la influencia norteamericana. Continuó con la retórica de Boris Yeltsin de una “gran Europa”, una comunidad de Estados europeos, incluyendo, de algún modo, a Rusia, que pudiera actuar como un “centro de política mundial fuerte y verdaderamente independiente” (es decir, independiente de EE. UU.), aunque sin el énfasis de Yeltsin en los principios democráticos liberales. Sin embargo, dos sucesos alteraron la actitud de Putin hacia Europa durante 2004. En primer lugar, la expansión de la OTAN hacia Europa del este y los estados bálticos ofendió al Kremlin, que lo vio como una traición a las promesas hechas por la OTAN con motivo de la disolución del Pacto de Varsovia de no inmiscuirse en la antigua esfera de influencia soviética. En segundo lugar, la Revolución naranja de Ucrania avivó las inseguridades del Gobierno de Putin, que consideró el movimiento democrático como una ofensiva occidental (liderada por Estados Unidos) contra la influencia de Rusia en sus vecinos más próximos (la Comunidad de Estados Independientes). Ucrania era y continúa siendo un país fronterizo crucial para la identidad nacional de Rusia y para las relaciones con Europa. Kiev fue la cuna de la civilización cristiana de Rusia. Tal y como dice Putin con frecuencia, muchos rusos consideran a los ucranianos como del mismo pueblo, o familia de pueblos, que los propios rusos.

**DEVOLVER A RUSIA A LA HISTORIA
SOVIÉTICA ERA UNA PARTE IMPORTANTE DE LA
HOJA DE RUTA NACIONALISTA DE PUTIN**

Temiendo que un movimiento democrático similar se extendiera de Ucrania a Rusia, Putin afianzó su poder autoritario con una base de apoyo popular nacionalista construida sobre una retórica antioccidental. EE. UU. y la UE estaban promoviendo revoluciones democráticas en países de la antigua Unión Soviética con el fin de destruir a Rusia: ese, en pocas palabras, era (y es) su punto de vista. El régimen reforzó su relación con la Iglesia, y comenzó a promover las ideas de filósofos eurasianistas como Iván Ilyin (1883-1954), un emigrante “blanco” cuyos restos fueron repatriados de Suiza a Rusia en 2009 por orden de Putin. Los ideólogos del Kremlin comenzaron a manifestar ideas eurasianistas. Putin respaldó la idea (originalmente propuesta por el presidente de Kazajistán Nursultán Nazarbáyev) de crear una Unión Económica Euroasiática y, en 2011, los presidentes de Bielorrusia, Kazajistán y Rusia acordaron marcarse el objetivo de fundar una en 2015. Putin estaba decidido a incluir a Ucrania en

esa Unión Euroasiática, pero los ucranianos congregados en el Maidán estaban igualmente decididos a ingresar en “Europa”.

Devolver a Rusia a la historia soviética era una parte importante de la hoja de ruta nacionalista de Putin.

Si bien reconoció los “errores” de la era Stalin –su eufemismo para referirse al terror en que incontables millones fallecieron o languidecieron en el gulag–, Putin insistió en que no había necesidad de que los rusos se obsesionaran con ese aspecto de su pasado reciente, no digamos prestar oídos a los sermones moralizadores de extranjeros sobre lo terrible que era su historia. Podían sentirse orgullosos de los logros del periodo soviético: la industrialización del campo; la derrota de la Alemania nazi; y la ciencia y la tecnología soviéticas, logros que habían dado sentido a sus vidas y a los sacrificios realizados. Para millones de rusos, Putin estaba restableciendo el orgullo nacional.

El estribillo de todos sus discursos es la necesidad de que a Rusia se le muestre más respeto, de que Occidente la trate como a un igual. Con frecuencia se ha quejado de hipocresía y doble rasero por parte de Occidente, que invade Irak en nombre de la “libertad”, pero impone sanciones a Rusia cuando esta defiende lo que él define como sus intereses legítimos en Crimea. A este respecto, resultan sorprendentes las similitudes con el resentimiento de Nicolás I por el “doble rasero” en vísperas de la “primera” guerra de Crimea. Al igual que Nicolás consideraba la defensa de los correigionarios de Rusia en los Balcanes como su deber cristiano en su calidad de zar de todas las Rusias, así también Putin ha equiparado la defensa de los ciudadanos rusos de Crimea (e, indirectamente, del este de Ucrania) con la defensa de los intereses nacionales de Rusia. Ambos personajes comparten una concepción mística de “Rusia” como un imperio que no se define por fronteras territoriales.

Putin admira a Nicolás I por enfrentarse a toda Europa en la defensa de los intereses de Rusia. En la actualidad, por orden suya, un retrato del zar cuelga en la antesala del despacho presidencial en el Kremlin.

ARTÍCULOS RELACIONADOS:

[El Reino Unido y Europa](#)

[La política exterior europea y sus desafíos en el contexto actual](#)

[La fuerza de alianzas lejanas: las relaciones entre Europa y Asia en un mundo en transformación](#)

Lee el libro entero en:



Síguenos en las redes sociales:



Otros libros de OpenMind:

